

en las colonias españolas vida agradable sino recogién-
dese dentro de sí mismo. Allí es donde el aislamiento y
la soledad le parecen preferibles á todo, si quiere dis-
frutar pacíficamente de los bienes que ofrecen la her-
mosura de aquellos climas, la vista de un verdor siem-
pre fresco, y el sosiego político del nuevo mundo. Al
enunciar estas ideas con toda franqueza, no acuso el
carácter moral de los habitantes de Méjico ó el Perú,
ni digo que el pueblo de Lima sea menos bueno que
el de Cadiz; antes bien me inclinaria á creer, lo que
otros muchos viajeros han observado antes que yo,
es á saber, que los americanos estan dotados por la
naturaleza de una amenidad y suavidad de costum-
bres que toca en molicie, así como la energía de al-
gunas naciones europeas degenera fácilmente en du-
reza. Aquel defecto de sociabilidad que es general en
las posesiones españolas, los odios que dividen las
castas mas aproximadas entre sí, y por efecto de los
cuales se ve llena de amargura la vida de los colonos,
vienen únicamente de los principios de política, con
que desde el siglo xvi han sido gobernadas aquellas
regiones. Un gobierno ilustrado en los verdaderos
intereses de la humanidad podrá propagar las luces y
la instruccion, y conseguirá aumentar el bienestar
físico de los colonos, haciendo desaparecer poco á
poco aquella monstruosa desigualdad de derechos y
fortunas: pero tendrá que vencer inmensas dificul-
tades, cuando quiera hacer sociables á los habitantes, y
enseñarlos á tratarse mutuamente como conciudadanos.

No olvidemos que en los Estados-Unidos se ha for-
mado la sociedad de un modo muy diferente que en
Méjico, y demas regiones continentales de las colonias
españolas. Al penetrar los europeos en los montes
Alleghanys, encontraron bosques inmensos en los
cuales andaban errantes algunas tribus de pueblos
cazadores, que nada tenian porque apegarse á un
suelo inculto. A la llegada de los nuevos colonos, se
retiraron los indígenas poco á poco á las sabanas
occidentales contiguas del Mississipi y Misuri; y así
los primeros elementos del pueblo naciente fueron
hombres libres y de un mismo origen. « En la Amé-
rica setentrional, dice un estadista célebre, el via-
gero que sale de una ciudad principal en que el
estado social está en su perfeccion, va encontrando
sucesivamente todos los grados de civilizacion é
industria; y los ve ir siempre á menos, hasta que
en muy pocos dias llega á la choza informe y gro-
sera, construida con troncos de árboles recién
cortados. Un viage semejante es una especie de aná-
lisis práctica del origen de los pueblos y estados. Se
parte desde el conjunto mas complicado, y se
llega á los datos mas sencillos; se viaja hácia atras
en la historia de los progresos del talento humano;
y se vuelve á encontrar en la extension del terreno
lo que ha producido la serie de los siglos * »

En ningun parage de la Nueva-España y del Perú,
si exceptuamos las misiones, han vuelto los colonos al

* El príncipe de Talleyrand, en su Ensayo sobre las nuevas colonias.

estado de la naturaleza. Al establecerse los europeos en medio de pueblos agrícolas que ya vivían también bajo gobiernos tan complicados como despóticos, se aprovecharon de la superioridad que les daba la preponderancia de su civilización, su astucia y la autoridad de conquistadores. Esta particular situación y la mezcla de razas con intereses diametralmente opuestos, llegaron á ser un manantial inagotable de odios, y desunión. A proporción que los descendientes de los europeos fueron más numerosos que los que la metrópoli enviaba directamente, la raza blanca se dividió en dos partidos entre los cuales ni aun los vínculos de la sangre pueden calmar los resentimientos. El gobierno colonial creyó por una falsa política poder sacar partido de estas disensiones. Cuanto más grandes son las colonias, tanto más desconfiado carácter toma el gobierno. Según las ideas que por desgracia se han adoptado siglos hace, estas regiones lejanas son consideradas como tributarias de la Europa: se reparte en ellas la autoridad, no de la manera que lo exige el interés público, sino como lo dicta el temor de ver crecer la prosperidad de los habitantes con demasiada rapidez. Buscando la metrópoli su seguridad en las disensiones civiles, en el equilibrio del poder, y en una complicación de todos los resortes de la gran máquina política, procura continuamente alimentar el espíritu de partido, y aumentar el odio que mutuamente se tienen las castas y las autoridades constituidas. De este estado de cosas nace un desabrimiento

que perturba las satisfacciones de la vida social.

En los dos primeros libros de esta obra he examinado la extensión de la Nueva-España, el aspecto físico del país y las diferentes razas de sus habitantes: ahora voy á reunir en el tercer libro todo cuanto he podido recoger de más cierto sobre las provincias y las intendencias de que se compone el vasto territorio mejicano.